

Custodia



Santiago Gil

Interpretación de la obra ***Custodia*** de Francis Naranjo.

Lectura en el Centro Atlántico de Arte Moderno (CAAM) el día 20 de Noviembre de 2008 dentro del ciclo 'Leer la colección'.

Custodia. Francis Naranjo

El espacio y el tiempo. El tiempo, el espacio y nosotros. Alguien que se mueve en esa entelequia que llamamos vida. Una mínima ficción en el tiempo del universo, también en el espacio. La eternidad, lo efímero, el blanco y el negro, los contrastes del humor y de la suerte, la noche y el día, nacer y morir, recordar y soñar en lo que todavía no nos hemos convertido: la risa, el miedo, la química en medio de nuestro estado de ánimo, los adioses, las esperanzas, la carcoma del olvido, alguien mirando fijamente hacia unos aparatos con los que el hombre sueña con ser dios, con cambiarse o con cambiar el mundo, un hombre solo ante el mundo, la mirada perdida, hacia arriba, hacia abajo, hacia un lado o hacia sí mismo. Sólo encuentra el vacío, el blanco de un horizonte que se ensancha y se pierde a medida que creemos que nos aproximamos, todo lejos, paradójicamente cada vez más lejos con el paso de los años. De nada sirvió el arjé de la fisis, ni tampoco nos sirvieron los filósofos, los poetas y los científicos que trataron de que buscáramos entre las sombras y entre esa eternidad que nos desnuda ante nuestro propio destino. Pero dejemos que sea el silencio el que siga teniendo siempre la última palabra.

En La Custodia encontramos el silencio entre los colores, los objetos y la mirada. Se detiene el tiempo y el espacio. Se logra la alquimia y el milagro. Una vez quieta y fotografiada la imagen se vuelve eterna. El tiempo sigue presuroso, matando neuronas y seres queridos, cumpliendo sueños o dejándose llevar por la proteica y veleidosa mano del azar. Pero aquí lo hemos detenido y lo hemos derrotado. Se ha quedado para siempre en esta fotografía, eternamente quieto, atrapado. El espacio y la belleza. Qué es la belleza ante la inmensidad del tiempo, ¿qué es bello? ¿el mar, la Victoria de Samotracia, Ava Gardner, el segundo gol de Maradona contra Inglaterra, la Novena Sinfonía de Beethoven, los ojos que nos reconocen desde hace tantos años, los espejos que nos miran, la armonía? Lo mortal y lo bello, lo inasible, lo que no controlamos. La relatividad de nuestros cánones ante la inmensidad del tiempo y ante ese espacio eterno del que venimos hablando. ¿Qué le importa al universo nuestra cara, nuestro sexo o nuestra imaginación? Puestos sobre el blanco espacial e infinito no somos nada, absolutamente nada. Podíamos ser perfectamente el personaje del sueño de alguien, incluso de nuestro propio sueño: quién nos dice que no andamos soñando lo que estamos viviendo ahora mismo, qué diferencia hay entre nuestra vida y nuestros sueños.

Miramos atónitos como mira el ser humano que centra la vista en las tres caras de la Custodia, unas veces hacia arriba, otras hacia abajo, otras adelante o atrás, pero siempre buscando respuestas y tratando de no perder un camino que no vamos haciendo nosotros. Nos pueden dar las herramientas, los escalpelos, las jeringuillas, los bisturís o un fonendoscopio para que escuchemos el corazón y nos hagamos la ilusión de que aún no estamos muertos. Pero de qué valen las herramientas si no controlamos el antes y el después de nosotros mismos. Sólo custodiamos nuestras propias sombras. Lo que creemos que hacemos ya estaba hecho. Él se queda mirando hacia los instrumentos que le pueden cambiar de arriba abajo. Pero para qué cambiar, para qué sanar, para qué buscar un canon de belleza que no importa nada, que queda en nada ante el horizonte que nos reclama desde la primera vez que abrimos los ojos atónitos. Todo blanco, y sólo nosotros vestidos negros para llamar la atención en medio de la nada.

Él querría haber cambiado las cosas. Ahora, al paso de tantos años, ya lo lleva mejor y ha aprendido a valorar la diferencia. De niño era raro, más raro todavía entre la crueldad de los otros niños y la incapacidad de asumirse blanco y distinto en una tierra de pieles morenas casi negras y de soles africanos. Lo escondían de la luz solar a todas horas. El sol era la

enfermedad y el dolor, la ceguera que acababa con todo, la ardiente braza que siempre amenazaba con quemar todo su cuerpo. Nació para andar entre el frío y mimetizarse en la nieve. La naturaleza se equivocó de espacio y de escenario. Pero ahora la rareza le hace bello y llamativo precisamente por distinto. El artista sabía que le faltaba el espacio y el contraste, que al vestirlo de negro lo volvía aún más transparente, como si sólo hubiera nacido con un alma abstracta que se esconde debajo de la ropa.

Qué haría él si le dejaran rehacerse y rediseñarse. Mira hacia los aparatos como quien mira por dentro la maquinaria que hace posible los milagros. Todo está flotando en el mismo espacio blanco, lo trivial y lo mágico, el hombre y los hierros que transforman al hombre. Espera, parece que espera una mano divina que coja cada uno de los aparatos para ser manipulado y ser transformado. Por dentro y por fuera. Pero sabe que sueña. De niño, en medio de las burlas del colegio, cuando todos iban de marrón y él se quedaba como una mancha de nieve en el centro del patio, lo hubiera dado todo por que ese dios que le enseñaban los curas hubiera venido a rescatarle. Con esos aparatos o con otros. Se levantaba cada mañana y buscaba en el espejo una figura como las demás. Otros eran gordos, cojos, extremadamente flacos,

jorobados, bizcos o tartajas, pero eran iguales en el color de la piel, más o menos blancos, pero nunca tan blancos como el hielo, con el pelo prematuramente anciano, con cejas tan blancas que congelaban las lágrimas, con una piel que helaba la mirada. En el centro del patio del colegio vestido de oscuro como ahora, pero entonces no era arte ni se veía bello. Sufría por su rareza, por no ser igual que el resto. Nunca contó con justicia poética, ni se enamoraron de él las niñas más guapas de la clase. No podía mirarlas a los ojos en la calle porque sus ojos se derretían como escarcha. No hubo nadie que salvara su alegría. Se refugió en sí mismo hasta llegar a estas tres fotografías. Había nacido para convertirse en una bella obra de arte destinada a emocionar a quien la mirara. Yo no sé cuándo lo descubriría Francis Naranjo. A lo mejor fue en medio del pueblo, cuando Juan Manuel atravesaba la plaza grande dejando una estela de hielo y de intensa luz blanca. La foto se hizo luego, ya con las nuevas tecnologías que no existían entonces, y colocando luces y objetos entre el blanco y el negro que se intercambian el fondo de escenario sobre el que actuamos a diario. Todo lo que creamos ya lo tenemos soñado antes. La calles oscuras del invierno guinense, las calles negras de adoquines y de lluvia convertían a Juan Manuel en una visión casi fantasmagórica que cegaba la mirada. Era él

quien nos cegaba a nosotros. Lo descubrimos ahora en esta creación: él era el centro de la escena y el que tenía el color que tiene el espacio y el tiempo. Con el cielo azul casi no salía de casa, o lo hacía buscando las sombras. El cielo azul, intenso y atlántico, lo hacía desaparecer de la escena cotidiana. Se quedaba allí donde no llegara la luz. El sol era siempre el límite.

Francis Naranjo logra la emoción en este tríptico fotográfico. Es lo que busca todo artista desde que da unas pinceladas, escribe unos versos o trata de poner acordes a lo que suena insistentemente en su cabeza. Déjense llevar por las imágenes, por la angustia desasosegante de la primera impresión y la primera mirada, por el viaje casi astral que nos propone el blanco que lleva en sí todos los colores, y que sólo es comparable con la intensidad musical del silencio. También palpítamos ante el frío extremadamente aséptico y límpido de los metales. El artista lleva al extremo la búsqueda. Lo podía haber tenido mucho más fácil en un dibujo a vuelapluma o en un lienzo bien trabajado, pero se adentra en todas las posibilidades que nos brindan las nuevas tecnologías y la digitalización casi milagrosa de la imagen. Francis sabe que el artista es el que va más allá, el que busca más lejos que nadie, el raro, el que los otros no entienden por ser demasiado blanco y demasiado intenso en un

mundo que casi siempre apuesta por lo uniforme y lo homogéneo para aburrirnos hasta el hartazgo o hasta la náusea, o para volvernos más horteras, más cocalizados y más pasivamente televisivos. Aquí nace otra nueva belleza que será la que marque los cánones del futuro: cada paso y cada cuadro no es más que un comienzo diario de búsqueda y experimentación. Francis Naranjo pudo haberse conformado con lo conseguido y haber explotado hasta el hartazgo las formas o los colores que personalizaban de manera genial todas sus creaciones de años anteriores. Pero quería seguir jugando, se negaba a aburrirse o a volverse esclerótico y previsible. Quería ser como el mar que cada día recorre de punta a punta en Las Canteras, jugársela en lo efímero y en lo cambiante, ser distinto cada segundo, sin miedo a arriesgar en cada ola o en cada haz de luz que se refleja en el agua o en las rocas de la playa. Él siempre va de negro para no perderse nunca en el blanco y seguir buscando, todo el tiempo, todo el rato, con focos, con ordenadores, con pantallas o con cámaras, pero sin perder nunca el origen. En este caso el origen es Juan Manuel. Pone la mirada y centra la atención. Pone la carnalidad y el gesto. Sólo con variar la postura o la dirección del cuello varía por completo nuestra percepción de la obra. O a lo mejor está vigilando que no venga nadie a robar las herramientas del milagro, o

quizás aguarda a que llegue alguien que sepa darles uso y así poder reconstruirse. De su cuello hacia abajo sólo se le ven las manos. Es la noche del negro de su ropa lo único que queda en medio del abisal espacio en el que parece que todo está suspendido en el aire. Hacia arriba y hacia abajo todo aparece como apareceríamos nosotros si fuéramos capaces de vernos fuera de nosotros mismos, también flotando en el espacio, metidos claustrofómicamente dentro de un punto minúsculo y sin la más mínima importancia en la inmensidad blanca y eterna del universo.

Toda obra de arte es de quien la mira. Un cuadro, desde que se cuelga en un museo, pertenece a la mirada del otro. Ya el creador anda metido en otros mundos y otras búsquedas, y por eso cualquier cuadro puede tener todas las lecturas que se quieran. Y no hay que entender o que analizar lo que tenemos delante. Cada uno de ustedes está viendo su propio tríptico ahora mismo, y seguro que anda imaginando historias que no tienen nada que ver con la mía. Es la magia del arte, la subjetividad que enriquece la obra a cada instante. Y está lo que se siente, lo que palpita, lo que emociona y lo que nos hace vibrar, ese *deja vú* que a veces sentimos reconociendo imágenes que parece que forman parte inseparable de nosotros o de la nostalgia de espacios que ni siquiera

hemos habitado. No nos han educado del todo bien a la hora de acercarnos al arte. Siempre había algún teórico puntualizando datos, sumando las sílabas de un poema, imponiendo términos extraños en un cuadro o pergeñando aburridas interpretaciones casi siempre realistas, pacatas o simplonas. El arte requiere de la libertad y de la limpieza de la mirada. Ante una creación de Francis Naranjo nos enfrentamos generalmente a nosotros mismos. Él pone los interrogantes y el blanco en el que tenemos que buscar las emociones. El hallazgo pasa a ser enteramente nuestro.

Cuando yo me encontré este tríptico en los fondos del CAAM me paró la desolación y al mismo tiempo la luminosidad de Juan Manuel y de los objetos metálicos que custodiaba como si tratara de preservar su propia vida. Siempre nos aferramos a los milagros y a los imposibles para no caer desolados ante los espejos o los almanaques. Uno, cuando crea, sueña con cambiarlo todo. Por lo menos mientras se está creando se está cambiando todo. Colocamos las formas como nosotros queremos, centramos la atención en uno u otro objeto y transformamos todo lo que nos dan totalmente hecho y sin contar con nosotros. Los objetos cambian siempre con nuestra propia mirada. Y es mentira que no participemos en la propia creación del planeta. Desde que movemos de

sitio una piedra de la playa estamos cambiando el mundo. No pasamos baldíamente sobre la tierra. Nos quedamos para siempre en todo lo que miramos, en lo que amamos, y, sobre todo, en lo que creamos conscientes, o inconscientes de que estamos creando. Queremos tener mucho de dioses porque en el fondo percibimos a diario que los dioses, a la hora de la verdad, nos dejan siempre a la deriva. No nos vale la fe ciega para seguir sobreviviendo. Necesitamos ponerle trascendencia a todo lo que hacemos. Incluso cerrar la puerta de tu casa es un acto que deja de ser cotidiano y reiterado cuando tú te fijas en lo que haces y en las consecuencias que tiene ese cierre. Eso es lo que logra Francis Naranjo en sus creaciones. Quiere ponerle ánima a todo lo que ve y lo que mira. Nada es insignificante a su alrededor. Esos aparatos te los encontrabas en el despacho del practicante o en la consulta del médico y te entraba pavor. Nunca nos parábamos a pensar que también podían ser bellos, conmovedores y capaces de inspirarnos toda clase de pensamientos y de historias. Juan Manuel cuida el metal de sus propias esperanzas, como esperando la mano sabia y milagrosa que sepa rearmar nuestros cuerpos y cambiarnos de arriba abajo como quien dibuja de la nada. Porque se crea de la nada. En eso sí es verdad que los creadores tienen mucho que ver con los dioses y con lo que inventan los

sueños mientras nosotros dormimos. Esta composición también tiene mucho de sueño, de recreación onírica, aunque sin caer en las exageraciones surrealistas. Es un sueño real, una de esas imágenes que nos despiertan en mitad de la madrugada tratando de buscar interpretaciones a lo que acabamos de ver, paradójicamente, con nuestros ojos cerrados. Mirando estas fotografías nos podemos llegar a ver en medio de un sueño que no nos pertenece. Es como si alguien nos hubiera invitado a visionar sus propios sueños. El artista también desnuda sus sueños cuando crea. Y lo hace porque en el proceso creativo se mezcla una rara alquimia que le tiene y no le tiene con los pies en la tierra. A veces parece como si sólo reprodujera lo que ya hubiera soñado antes, y se produce una especie de deja vu onírico que, por supuesto, jamás puede recordar con certeza.

¿Y qué es lo real en medio del absurdo de nuestra propia existencia? ¿Qué tiene más vida? ¿Lo creado o lo vivido? ¿Qué permanece? ¿Quién es más real, la Mona Lisa o las miles de mujeres que vivieron cuando el cuadro fue pintado, a lo mejor creando de la nada, o uniendo muchas caras, o, quién sabe, muchos sueños? Un buen día saldremos de esta comedia diaria y quedará sólo el atrezzo para que nos entiendan o nos supongan. El arte es parte de ese atrezzo que nos sobrevivirá. Estas

fotografías, si el azar juega limpio, o si no levantamos el planeta por los aires cualquier día de éstos, están llamadas a sobrevivirnos y explicarnos. Y no lo hará desde el realismo y la evidencia, sino desde nuestras muchas contradicciones y nuestros muchos miedos. Lo que aquí se retrata es lo que no enseñamos a diario por la calle, la soledad ante el vacío, el blanco y el negro de nuestras entrañas, toda esa sensación de irrealidad que a veces nos sorprende en mitad de la calle o de la noche, cuando aparecen las preguntas que siempre nos desarman y nos dejan perplejos y sin respuestas. De dónde venimos, adónde vamos, qué sentido tiene todo esto, dónde reposan nuestros muertos, a qué nave se han subido nuestros sueños perdidos, por dónde vagan los días alegres que ya pasaron, de quién depende la suerte y el azar..... Todo son preguntas que carecen de respuestas. El qué, el quién, el cuándo, el cómo y el dónde del lenguaje periodístico se quedan sin sentido y sin respuesta. Sólo nos queda la abstracción del arte para suplir el abismo y para sentir que podemos controlar algo de nuestro destino y del destino de las cosas y de las gentes que nos rodean. Y da lo mismo que sea una concepción quimérica. Es necesaria, y eso nos basta. Si nos quitaran la posibilidad de crear estaríamos muertos. Vivos, pero muertos. Creamos en cada mirada y en cada paso. Sólo hace falta mirar a nuestro alrededor

y sobre todo hacia nosotros mismos. Eso es lo que lleva haciendo Francis Naranjo desde hace años, y en la mirada, como en casi todo en la vida, es necesaria la experiencia y la responsabilidad que uno tenga consigo mismo. Luego está el talento. Y cuando se combina todo eso, la disciplina, la experiencia y el talento aparece la magia de la creación. Miguel Ángel decía que él sólo había sacado lo que estaba dentro la piedra cuando le preguntaban cómo había creado el David o cualquiera de sus Piedades. Pero para sacar algo de una piedra, o en su caso del mármol de Carrara, hay que aprender antes a mirar y a rebuscar más allá de lo aparente y de lo que supuestamente se nos ha dado para que miremos. Esa mirada es la que encontramos en Custodia. Con todos sus matices, con todas las miradas anteriores que han ido enriqueciendo al artista, y con toda la eternidad que puede haber detrás de lo que se mira cuando se mira con ojos de querer estar mirando para siempre.

Ya, ya sé que la Biblia decía que el principio era el verbo, pero la palabra no surge de la nada, o por lo menos la palabra primigenia de la que provienen todas las palabras. Yo creo que al principio, mucho antes de todo y de que nosotros fuéramos siquiera monos o minúsculas formas perdidas en oscuros océanos, todo era blanco o era negro, tan blanco o tan negro como ese blanco y ese negro de las fotografías, o

blanquinegro, mitad noche, mitad día, con el ying y el yang que acaba confundiéndolo todo. Un día arriba y otro abajo, soñadores que nos movemos entre nirvanas y avernos cotidianos, contradictorios, milagrosos y sorprendentes.

Entre ese blanco y ese negro estamos nosotros. Perdidos, desorientados, haciendo que controlamos lo que no entendemos ni alcanzamos siquiera a vislumbrar. Vivimos sin conocer el sentido de nuestra propia vida. Ahí empieza el extravío, y por más que cabalgemos desbocados o ambiciosos nos topamos una y otra vez con ese muro infranqueable que cierra todos los horizontes del saber y del poder. De lo que hay detrás, y también de lo que había antes de empezar a recorrer nuestro camino, sólo tenemos sombras, sueños y presentimientos tan volubles y tan inseguros como aquellos castillos de arena que construíamos en la playa de la infancia queriendo que fueran eternos. Todo se lo lleva la marea. No queda nada a lo que agarrarse para contar con alguna certeza. Nadie vuelve, absolutamente nadie, y sólo sabemos que nuestra materia se quema o se pudre, igual que la de una flor o la de un animal salvaje e irracional. Únicamente contamos con el arte para soñar que atravesamos esa puerta infranqueable. Necesitamos crear desde la nada para darle sentido a nuestra propia existencia. Precisamos movernos

entre corazonadas, colores, formas o acordes que ayuden a interpretar nuestro abismo y nuestros sinos desorientados. No buscamos teorías científicas ni pruebas empíricas; en este caso apelamos a los sentidos y a la abstracción. Todo lo que nos emociona nos vuelve un poco eternos, y todo lo que hagamos para que los otros se emocionen y trasciendan nos hace más eternos todavía. Y da lo mismo que regresemos, de nuevo olvidadizos y prosaicos, y que otra vez paguemos cuentas de teléfono e hipotecas, o que acabemos perdiendo los nervios por un grifo que gotea o ante un avión que se retrasa. Estuvimos allí, y eso es lo que importa. Nos importa sobre todo a nosotros, tan necesitados de épica y de aventuras para poder seguir sobreviviendo con una cierta dignidad. Saltamos la pared, aunque sólo fueran unos segundos, y tocamos lo que está más allá de lo visible y de lo previsible. Al crear o al acercarnos a lo creado estamos venciendo a la estulticia, a lo casposo y a lo rutinario. Da lo mismo que busquemos entre sombras y que sólo alcancemos a vislumbrar la magia. Todo viaje vale la pena, pero éste nos engrandece y nos cambia la mirada. Hay que dejarse llevar. Y también hay que acercarse a un cuadro dejando libre a los sentidos y doblándole el cuello a los prejuicios. Todo es bello si cuenta con la mirada cómplice que lo embellezca. En estas fotografías encontramos un silencio blanco e

insondable que nos desarma a primera vista. Sobre ese blanco aparecen luego las formas. O a lo mejor es al revés: el silencio y la nada son negros, y sobre esa oscuridad van apareciendo luego los objetos y la persona que los custodia. Esa persona que centra la obra custodia no sólo los aparatos. Se encarga de mantener a salvo el silencio, y, si miramos detenidamente, también el espacio: el espacio eternamente silencioso, o el silencio eternamente infinito y espacial.

Y qué necesidad tenemos de seguir creando y buscando nuevas formas, nuevos sonidos y también nuevos argumentos sobre los que renombrar las palabras. Qué nos lleva a seguir indagando más allá de lo visible, a buscar en la alquimia de una fotografía o a rastrear en el fondo lejano e insondable de otra mirada. Supongo que tendremos que volver al azar y al caos para buscar una respuesta, aunque la vida, lo mismo que la pregunta retórica, carece siempre de respuesta. Aparentemente la entendemos, la vivimos y sabemos movernos en el tiovivo a veces desconcertante de sus contrasentidos, pero siempre aparece el vacío y la duda que nos desarma. Nos quedamos suspendidos en un espacio absurdo e incomprensible en el que nos acercamos y nos alejamos a través de nuestra propia mirada, o de la mirada del otro que nos aproxima y nos aleja como un zoom que jugara con los mismos dados de

los dioses. Como en estas fotografías, la lejanía y la cercanía nos ofrecen perspectivas y formas diferentes. Nosotros, como quien está en el centro de todas las imágenes, apenas nos movemos, pero todo cambia a nuestro alrededor, los aparatos, como nuestras propias certezas y como nuestras esperanzas, se aproximan o se quedan lejos, pero nunca se tocan, jamás nos permiten que juguemos a cambiar la historia, las caras o nuestros destinos. Si acaso pueden retocar o reparar un cuerpo, pero no logran volverlo inmortal ni tampoco embellecerlo para siempre. Y qué es la belleza, qué significa embellecer para siempre, qué será bello dentro de dos millones de años, qué era bello hace cinco mil años, quién define las pautas y los cánones de la belleza. Supongo que bello es todo aquello que emociona. La custodia es bella justamente por eso, porque te emociona y desata una tormenta de sensaciones contrapuestas en tu propio cerebro. Cada uno de nosotros vuelve bello u horroroso todo lo que mira. Pero volvamos a los aparatos que se han quedado en suspenso en el mismo espacio que nosotros. Qué será de esos aparatos cuando nosotros ya no estemos, qué función tendrán, qué sentido tendrá un fonendoscopio si no quedaran corazones para escuchar. Francis Naranjo los convierte en arte, en objetos que cuando pierden su función se vuelven bellos si sabemos buscarles la belleza. Muchos de estos objetos

ya están fuera de los despachos de los médicos y de las enfermeras. No existen. No valen para nada. Son viejos. Están anticuados. Acaban tirados en la basura. Nadie los mira ni los cuida. Pero basta que alguien haya sabido buscarles el brillo del metal o la sugerencia de la forma para que nosotros también los miremos de otra manera. Hasta ahora siempre hemos asociado todos estos aparatos con el dolor, con el sufrimiento y con el miedo. Ahora también tienen otro sentido. O muchos sentidos, tantos como descubran todos los que se acerquen a esta composición. Lo mismo que tiene mil sentidos la presencia de Juan Manuel y su soledad y sus sueños ante el milagro de la ciencia o la estupefacción del destino. Sobrevivimos porque creamos, y creando también vamos haciendo que sobrevivan muchos de los objetos que teníamos por triviales cuando los mirábamos con los ojos rutinarios de todos los días.

Pero creo que lo mejor es que cada uno vaya poniendo sus propias palabras y sus propios silencios mirando hacia las imágenes. Dejaré que sean las palabras las que abran el camino. Después llegará la música, entre silencios, buscando la complicidad de la mirada. No olviden nunca que los minutos que estamos en esta sala son eternos. Todo lo que vivimos, respiramos o miramos se hace eterno cuando pasa por el tamiz de nuestro espíritu y de nuestros recuerdos. Somos mortales

precisamente para eso, para entender y para añorar lo que sí permanece para siempre. Creamos a medida que sobrevivimos. Cada uno de ustedes está mirando de una forma diferente a Juan Manuel, al metal de los aparatos y al blanco y negro que delimita los espacios y que abre la cancela de todas las conjugaciones verbales que se entrecruzan cada uno de los segundos que andamos sobre la tierra. Pero ya digo que lo mejor es dejar que sean nuestras palabras, nuestros silencios y nuestra propia mirada los que vayan dándole la forma definitiva a Custodia. Yo sólo contribuiré con algunas palabras. Luego vendrá el sonido. Pero realmente son ustedes los que están creando a través de su propia mirada. Cuando yo acabe, serán los sonidos que ha escuchado en esta misma composición Iván Marrero los que nos acercarán todavía más a la esencia de la Custodia. Pero son ustedes los que miran desde otras perspectivas y otros estados de ánimo diferentes. Déjense llevar y busquen más allá de lo aparente. No le pongan freno a las sensaciones y permitan que la emoción camine a su libre albedrío entre las formas, los objetos y las perspectivas que nos ofrece el artista. Empecemos por el silencio.

Silencio.

Vacío.

Espacio.

Infinito.

Blanco.

Negro.

Metal.

Sombra.

Asepsia.

Alquimia.

Magia.

Desolación.

Solemne.

Marmóreo.

Inmóvil.

Herido.

Armónico.

Palpitante.

Quirúrgico.

Hierático.

Cadencia.

Hielo.

Vértigo.

Sosiego.

Milagro.

Sueño.

**Santiago Gil
2008**